



Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica
Publicación Semestral, EISSN: 2215-2628
Volumen 52 - Número 2, 2026

Entre el polígono y el cuerpo vivo: territorio y territorialidad en *Un viejo que leía novelas de amor*

Claudia Marcela Páez Lotero

Páez Lotero, C. (2026). Entre el polígono y el cuerpo vivo: territorio y territorialidad en *Un viejo que leía novelas de amor*. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 52(2), ejwnjc066. <https://doi.org/10.15517/jwnjc066>



Doi: <https://doi.org/10.15517/jwnjc066>
URL: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filyling/index>

Entre el polígono y el cuerpo vivo: territorio y territorialidad en *Un viejo que leía novelas de amor*

Between the Polygon and the Living Body: Territory and Territoriality in *The Old Man Who Read Love Stories*

Claudia Marcela Páez Lotero

Saint Joseph's University, Filadelfia, Estados Unidos de América

cpaezlot@sju.edu

<https://orcid.org/0000-0001-6662-5140>

DOI: <https://doi.org/10.15517/jwnjc066>

Recepción: 17-08-2025

Aprobación: 22-04-2026

RESUMEN

Un viejo que leía novelas de amor, de Luis Sepúlveda, ha sido estudiada principalmente como una obra que denuncia el daño ambiental en la Amazonía y expresa una conciencia ecológica. Sin embargo, el tema de la territorialidad humana ha recibido menos atención. Este trabajo analiza cómo la novela representa las estrategias de delimitación y control del territorio empleadas tanto por el Estado ecuatoriano como por la comunidad indígena shuar, cada una de ellas puestas en marcha con propósitos distintos. A partir de este análisis, se concluye que las formas de territorialidad desplegadas por los shuar influyen en la transformación del protagonista, José Antonio Bolívar Proaño, quien se convierte en un aliado y protector tanto de la comunidad indígena como del entorno amazónico.

Palabras clave: Amazonía, colonización, Luis Sepúlveda, territorialidad humana, territorio epistémico.

ABSTRACT

The Old Man Who Read Love Stories, by Luis Sepúlveda, has been primarily studied as a work that denounces environmental damage in Amazonia and expresses an ecological consciousness. However, the theme of human territoriality has received less attention. This paper analyzes how the novel portrays the strategies of territorial delimitation and control employed by both the Ecuadorian state and the Shuar indigenous community, each implemented with specific purposes. Based on this analysis, the study concludes that the forms of territoriality deployed by the Shuar influence the transformation of the protagonist, José Antonio Bolívar Proaño, who becomes an ally and protector of both the indigenous community and the Amazonian environment.

Keywords: Amazonia, colonization, epistemic territory, human territoriality, Luis Sepúlveda.

1. Introducción

Un viejo que leía novelas de amor (1989), novela del chileno Luis Sepúlveda (1949-2020), narra cómo el viejo José Antonio Bolívar Proaño se ve obligado a perseguir y dar muerte a una tigrilla que amenaza la vida de los habitantes de El Idilio, un pueblo fundado por colonos ecuatorianos en las profundidades de la selva amazónica. Al mismo

tiempo que el narrador omnisciente nos cuenta esta aventura, nos va revelando la historia de vida de Bolívar Proaño: su origen y experiencia como campesino serrano, su viaje hacia la Amazonía y su establecimiento como colono allí, así como el descubrimiento de las novelas de amor y la pasión que desarrolla por ellas. En ese trayecto, uno de los personajes que transforma profundamente la vida de Bolívar Proaño es la comunidad indígena shuar, la cual, en palabras del narrador, les enseña a él y a los colonos que llegan con él “el arte de convivir con la selva” (Sepúlveda, 2011, p. 43). Las enseñanzas de los shuar no son gratuitas, hacen parte de sus formas particulares de habitar, delimitar y relacionarse con el territorio.

Desde la geografía humana, la territorialidad puede entenderse como una estrategia social mediante la cual individuos o comunidades delimitan y controlan un espacio geográfico con el fin de influir sobre quienes habitan o acceden a él (Sack, 1986). En *Un viejo que leía novelas de amor*, tanto la comunidad indígena shuar como el Estado nación ecuatoriano expresan formas particulares de ejercer la territorialidad. Este trabajo analiza las prácticas territoriales de estos dos personajes dentro de la ficción de Sepúlveda; mientras que el Estado ecuatoriano ejerce la territorialidad para afirmar su soberanía sobre una zona amazónica en disputa con el Perú, los shuar la practican como una forma de garantizar el bienestar tanto de la comunidad como de la selva. Como se verá, la territorialidad shuar transforma profundamente a Bolívar Proaño y lo conduce a desarrollar un vínculo afectivo con la Amazonía y con los seres que la habitan.

Los estudios críticos sobre *Un viejo que leía novelas de amor* se han centrado principalmente en la dimensión ecologista de la novela. En efecto, gran parte de la crítica ha interpretado el texto de Sepúlveda como una denuncia de la destrucción de los ecosistemas amazónicos provocada por actividades extractivas y colonizadoras, entre ellas, la agricultura, la ganadería y la explotación maderera, minera y petrolera. La historia de Bolívar Proaño funciona así como un medio para representar las consecuencias humanas y ambientales de este deterioro ecológico, al tiempo que el narrador construye una defensa de la Amazonía y de las formas de vida que dependen de ella. Sin embargo, aunque estos estudios han examinado ampliamente la crítica ecológica presente en la novela, han prestado menor atención a las formas de territorialidad que organizan las relaciones entre los distintos actores humanos y la Amazonía.

Entre los estudios realizados sobre *Un viejo que leía novelas de amor* se destaca el trabajo de Rodrigo Malaver Rodríguez (2001), titulado “La ecoliteratura de la selva en la novela latinoamericana: *Un viejo que leía novelas de amor*”. En este, Malaver afirma que la novela de Sepúlveda es una obra de ruptura transdisciplinaria que expone al lector a otras formas de comprender el mundo mediante el reconocimiento del Otro, en este caso, de la comunidad indígena shuar. Según el crítico, la novela surge del involucramiento del autor chileno con esta comunidad durante su participación en un proyecto de la UNESCO, experiencia que le permitió convivir con los shuar y acercarse a su cosmovisión.

A partir de ello, Malaver sostiene que la escritura de la novela atraviesa dos etapas. La primera consiste en la “traducción de lo oral a lo escrito con todo el tejido y carga significativa que se encierra en una cultura” (2001, pp. 2-3), proceso que denomina “oralitura”. La segunda etapa, llamada “etnotexto” y contenedora de la anterior,

concibe al texto, no solo como memoria cultural, sino como producto y lugar donde se plasma la transgresión fronteriza de disciplinas, pues éste es el resultado de los discursos del saber (etnografía, antropología, ecología y otras) y del suponer (la literatura con recursos del lenguaje como la evocación y la parodia) que maneja el escritor-investigador. (Malaver, 2001, p. 3)

Del paso por estas dos etapas surge el “ecotexto”, el cual, además de transgredir las fronteras entre disciplinas como la ecología y la literatura, “entretiene, educa y crea opinión en el lector respecto a temas ecológicos” (Malaver, 2001, p. 5). Malaver concluye que *Un viejo que leía novelas de amor* logra capturar la esencia

del pueblo shuar y presentar una visión de la selva distinta de la occidental, acercando al lector a un mundo que merece ser protegido.

No muy lejos de esta línea temática se encuentra el capítulo que Scott DeVries (2013) dedica a las novelas de la selva en su libro en *A History of Ecology and Environmentalism in Spanish American Literature*. En este, DeVries afirma que *Un viejo que leía novelas de amor* manifiesta un discurso ecologista a través de la descripción que hace de la selva, la cual responde a una visión idealizada ya que se la muestra como un espacio que nutre y vigoriza. Por medio de dicha visión se describen los principios del ecologismo, sobre todo los que corresponden a la línea de la ecología profunda, la cual propone un estilo de vida radical en el que se actúa con benevolencia hacia la naturaleza. No obstante, el objetivo principal del trabajo de DeVries es indagar sobre los precedentes literarios del discurso ecologista que desembocan en la obra de Sepúlveda (2011).

Otro trabajo para destacar es el de Juan Gabriel Araya Grandón (2000), quien en “Luis Sepúlveda. Un escritor de fin de siglo” explica que el escritor chileno retoma la clásica dicotomía entre civilización y barbarie para invertir los términos. En *Un viejo que leía novelas de amor*, “los salvajes” son representados por los blancos (los colonos), mientras que los comportamientos adecuados de moral y respeto quedan plasmados en la comunidad shuar. De manera que, indica el crítico, los verdaderos sujetos civilizados pertenecen a la cultura de Calibán, a la América mestiza, a los shuar. Al convivir con estos últimos y al aprender sus valores, el protagonista de la novela experimenta la selva de otra forma. Afirma Araya:

[Bolívar Proaño] es alimentado espiritual y físicamente por la misma selva amazónica y no es devorado. Por consiguiente, existe, en el interior del relato, una nueva forma de conectarse, de relacionarse con ella y con los que la habitan. El amor, el sentido de lo otro y la convivencia cordial son las virtudes que debieran defenderse y establecerse definitivamente en la conciencia de los hombres. (Araya, 2000, párr. 33)

De modo que el relato de Sepúlveda, al invertir la imagen del bárbaro y el civilizado, ofrece otras maneras de entender la selva, otros códigos morales, y otras formas de convivencia con el mundo natural.

La lectura que aquí se propone de *Un viejo que leía novelas de amor* no se aleja completamente de los estudios descritos. Sin embargo, al analizar la manera en que la novela de Sepúlveda contrapone dos formas distintas de concebir y habitar el territorio (la territorialidad estatal, basada en la delimitación y ocupación del espacio, y la territorialidad shuar, fundada en relaciones de coexistencia y reciprocidad con la selva), este trabajo busca mostrar cómo el conflicto entre ambas concepciones organiza las relaciones entre los distintos grupos humanos y la Amazonía, al tiempo que transforma profundamente la relación de Bolívar Proaño con la selva y con los seres que la habitan.

2. El conflicto fronterizo entre Ecuador y Perú

Aunque *Un viejo que leía novelas de amor* no es una novela histórica, el narrador sitúa su relato dentro de un contexto histórico concreto: el prolongado conflicto fronterizo entre Ecuador y Perú por la delimitación de sus territorios amazónicos. Sin embargo, el narrador no ahonda en él, simplemente se limita a mencionarlo sucintamente cuando explica la razón por la cual Bolívar Proaño y su esposa, Dolores Encarnación del Santísimo Sacramento Estupiñán, deciden marcharse de San Luis, el pueblo de la sierra ecuatoriana de donde son originarios, para dirigirse a la selva. Así, el texto inscribe la experiencia de Bolívar Proaño dentro de un marco histórico específico, pero al mismo tiempo guarda silencio sobre él. Explorar en qué consiste ese momento histórico resulta útil para comprender las condiciones históricas y políticas que posibilitan la llegada del protagonista a la Amazonía y, con ello, adentrarse en el problema de la territorialidad manifiesto en la novela. La migración de Bolívar Proaño hacia la selva, sin

embargo, no responde únicamente a dinámicas estatales de ocupación territorial, sino también a circunstancias personales y sociales que afectan su vida en San Luis.

Durante los primeros años del matrimonio, en su tierra natal, Dolores y Bolívar Proaño se convierten en tema de habladurías entre los habitantes de San Luis por no concebir un hijo a pesar de sus constantes esfuerzos. En un inicio la gente del pueblo cuestiona la fertilidad de Dolores, pero con el pasar de los años es la de Bolívar Proaño la que se pone en duda. Para solucionar esta situación, algunos miembros de la comunidad le proponen al protagonista de la novela llevar a su esposa a las fiestas del pueblo y así:

obligarla a participar del baile y de la gran borrachera colectiva que ocurriría apenas se marchara el cura. Entonces, todos continuarían bebiendo tirados en el piso de la iglesia, hasta que el aguardiente de caña, el “puro” salido generoso de los trapiches ocasionara una confusión de cuerpos al amparo de la oscuridad. (Sepúlveda, 2011, p. 40)

Bolívar Proaño se rehúsa a ser “padre de un hijo de carnaval” y decide irse del pueblo con su esposa aprovechando de “un plan de colonización de la amazonía. El Gobierno prometía grandes extensiones de tierra y ayuda técnica a cambio de poblar territorios disputados al Perú” (Sepúlveda, 2011, p. 41). Esta es, precisamente, la única referencia explícita que hace el narrador al trasfondo histórico que enmarca los acontecimientos de la novela. Aunque breve, dicha mención resulta significativa porque vincula el desplazamiento de Bolívar Proaño hacia la selva con el proyecto estatal de ocupación y consolidación territorial de la Amazonía ecuatoriana.

La disputa fronteriza entre Ecuador y Perú se inició luego de la conformación de estos como repúblicas independientes en el siglo XIX, llegando a su fin en 1998 luego de una serie de conflictos armados y conversaciones mediadas por Chile, Argentina, Brasil y Estados Unidos, con las cuales se estableció un acuerdo de paz y delimitación de la frontera. Adrián Bonilla explica que:

La obsesión de estos países andinos por prolongarse al Amazonas tiene que ver con razones geográficas y económicas que remontan, por lo menos, al siglo XVIII. Efectivamente, Ecuador y el Perú eran las colonias españolas de ultramar más alejadas de la metrópoli. Para poder acceder a Europa, el comercio debía rodear el Cabo de Hornos, por el sur del continente. La Amazonia fue vista como la vía de continuidad hacia Europa, es decir, hacia el mercado mundial. Sin embargo, hasta mediados del siglo XX, el Estado ecuatoriano no había integrado ni controlado, ni siquiera conocía, el espacio nacional. (1999, p. 20)

Ese desconocimiento contrasta la relación de Perú con la región ya que este desde mediados del siglo XIX venía colonizando y realizando proyectos de desarrollo económico en ella (Bonilla, 1999; Restrepo, 1993). No obstante, Marco Restrepo señala que Ecuador siempre manifestó interés en delimitar su frontera con Perú. Aun así, los planes para hacerlo quedaron postergados debido a que la región amazónica fue marginada por su escasa participación en la economía del país y por la ausencia de grupos regionales de poder (Restrepo, 1993).

Ecuador tomó una mayor conciencia sobre la importancia estratégica de ocupar el territorio nacional e integrar las zonas periféricas y de remoto acceso al resto del país a partir de 1941 cuando se inició la Guerra peruano-ecuatoriana también conocida como Guerra del 41. Esta concluyó en 1942 con la firma del Protocolo de Río de Janeiro con el cual se dio cese al fuego y se establecieron límites fronterizos entre las dos naciones; debido a este acuerdo Ecuador perdió una gran parte de la región amazónica que consideraba suya y, a pesar de haber aprobado inicialmente la firma de este protocolo, se propuso objetarlo alegando que la nueva demarcación no le daba acceso legítimo a la cuenca del río Amazonas. Además de esto, el Estado ecuatoriano también se propuso integrar la región al espacio nacional desarrollando programas para la construcción de vías de acceso a la Amazonía, así como proyectos de asistencia para los colonizadores que llegaban a la región de manera espontánea o a través de programas estatales de colonización dirigida (Bromley, 1981).

Los planes anteriormente mencionados fueron de utilidad para la implementación a inicios de la década de 1950 de una política denominada “fronteras vivas”. Es pertinente mencionar que esta política no ha sido exclusiva del Estado ecuatoriano, pues también ha sido aplicada por Brasil y Perú sobre sus territorios fronterizos en la región amazónica. La política de fronteras vivas consiste en el establecimiento de puestos militares acompañados por grupos de colonos civiles que llegan a allí de manera espontánea o con el patrocinio del gobierno. Su propósito es ocupar espacios en disputa para desarrollarlos económica y socialmente y, así, integrarlos a un territorio nacional concreto (Salisbury *et al.*, 2010).

Un aspecto relevante que subraya Fernando Guerrero respecto a la relación de Ecuador con la frontera amazónica es que, en los discursos oficiales del Estado relacionados con la colonización, se puede observar la concepción de la frontera como un espacio vacío en términos demográficos y culturales. Por ello, el Estado legitima su derecho a acceder y hacer uso de las tierras ubicadas en las áreas fronterizas (Guerrero, 2017). Sumado a esto, explica el investigador, asumir los espacios limítrofes como vacíos es una forma de “des-historizar” (término empleado por Guerrero) esos territorios para desconocer la presencia en ellos de las comunidades indígenas y su derecho al acceso y tenencia de la tierra; comunidades que han habitado la Amazonía desde mucho antes de la formación de los Estados nación que hoy la dividen (Guerrero, 2017).

Al abordar el tema de la colonización de la Amazonía ecuatoriana, *Un viejo que leía novelas de amor* expone formas de ejercer la territorialidad humana. Desde la geografía humana, estudiosos como Robert David Sack (1986) y Marco Aurelio Saquet (2015) afirman que la territorialidad humana es una construcción social ya que esta es una estrategia que las distintas comunidades humanas ponen en marcha deliberadamente para controlar el acceso “de” y “a” personas y elementos que se encuentran dentro de un área geográfica determinada (Sack, 1986). La territorialidad, indica Sack (1986), implica la existencia de una persona o un grupo de personas que busca influenciar en las acciones espaciales de aquellos que se encuentran dentro o fuera de los límites del territorio. Este último es entendido como un área geográfica delimitada que requiere de un esfuerzo constante para ser establecida y mantenida ya que su existencia no es permanente y, por lo tanto, depende de la práctica misma de la territorialidad.

En *Un viejo que leía novelas de amor* los dos personajes o comunidades humanas que activamente ejercen la territorialidad son el Estado nación ecuatoriano y la comunidad indígena shuar. Cada uno de ellos lo hace de maneras distintas, obedeciendo a sus intereses particulares y modos de concebir la región amazónica. Como consecuencia de las formas de territorialidad implementadas se establecen relaciones particulares entre los seres humanos y el medio ambiente, lo que se puede observar significativamente en la figura de Antonio José Bolívar Proaño. Como ya se mencionó, este personaje migra a la selva amazónica por medio de un programa de colonización, por lo que en su condición de colono llega allí con la tarea de dominar y explotar esa área para mejorar sus condiciones de vida y aportar a la integración de la región a la nación. Sin embargo, este propósito se transforma por medio de la territorialidad ejercida por los shuar, quienes lo convierten en un aliado y protector de los ecosistemas de la Amazonía.

3. El Estado y el territorio como polígono dibujado sobre un baldío

Al tener en cuenta las referencias anteriores sobre el conflicto limítrofe entre Ecuador y Perú como parte del contexto histórico en el que se desarrolla la historia narrada en *Un viejo que leía novelas de amor*, la primera muestra de territorialidad que expresa el Estado nación ecuatoriano dentro de esta novela es cuando reclama la región amazónica como un territorio propio. Para ejercer la apropiación debe considerar esa región como una tierra baldía, esto es, un espacio sin dueño, despoblado, y al que no se le ha dado un uso que se considere provechoso para la nación. Esto se puede apreciar en el modo como se ejecutan los proyectos de colonización con los que llega Bolívar

Proaño. Cuando él junto con un grupo de colonos llegan a la Amazonía desde distintas partes de Ecuador, el narrador indica que allí los esperaban funcionarios del gobierno quienes “les entregaron un papel pomposamente sellado que los acreditaba como colonos. Les asignaron dos hectáreas de selva, un par de machetes, unas palas, unos costales de semillas devorados por el gorgojo y una promesa de apoyo técnico que no llegaría jamás” (Sepúlveda, 2011, p. 41). A partir de este recuento que ofrece el narrador, se deduce que el Estado para poder asentar a los colonos en la región, primero, debe considerar que esas tierras no están ocupadas o habitadas para poder darse a la tarea de delimitar el área en la selva que reclamará como propia. Seguidamente se encargará de parcelar esa área en varios lotes para luego asignarles un propietario. De nuevo, todo esto lo lleva a cabo sin reconocer en absoluto la presencia de otras comunidades humanas y no humanas ya asentadas en la zona, ni las relaciones materiales y espirituales de estas con ese entorno.

Además de esto, en la asignación de tierras claramente se busca que sus nuevos propietarios realicen actividades económicas en ellas: en un primer momento, dedicarlas a la agricultura y, más adelante con las próximas oleadas colonas, destinarlas a la ganadería y la explotación maderera. Como muestra la novela, todas estas actividades son de interés para el Estado ecuatoriano, aunque no necesariamente benefician ni a las comunidades indígenas ni a los ecosistemas presentes en la región, pues el Estado no reconoce plenamente a las primeras y concibe a los segundos como recursos susceptibles de explotación. Asumir la Amazonía como un conjunto de tierras baldías pertenecientes al territorio nacional no es gratuito, pues esta concepción le permite al Estado nación ecuatoriano justificar su ocupación, la cual es imperativa ante la amenaza que el Estado peruano representa para su soberanía.

Con la llegada de los colonos, se establecen dos centros poblados importantes en la novela: El Dorado y El Idilio. El primero es un puerto fluvial valioso por tener allí un “cuartel de policía, un par de oficinas del Gobierno, una iglesia y una escuela pública poco concurrida” (Sepúlveda, 2011, p. 69). Mientras que el segundo es un poblado menor que cuenta con una alcaldía, a este último es al que se traslada Bolívar Proaño. Si se considera el contexto histórico en el que el narrador enmarca los eventos de la novela, se podría afirmar que la fundación de estos dos centros poblados obedece a los planes para construir una frontera viva en la Amazonía con el fin de integrarla al territorio nacional ecuatoriano. Con la colonización de la frontera se dibujan los límites entre los dos Estados en conflicto y se crea así un territorio o área geográfica demarcada donde está presente alguna forma de autoridad que moldea, influencia y controla las actividades que allí se realizan; por lo tanto, el acceso o el flujo de recursos y relaciones entre el interior y el exterior del territorio está restringido (Sack, 1986). Sin embargo, la novela de Sepúlveda a la vez que muestra el inicio de la construcción de la frontera viva también deja ver su fracaso, puesto que, como explica Sack (1986), para que el territorio exista se requiere de un constante esfuerzo para instalarlo y mantenerlo, y esto resulta infructuoso en El Idilio. El fracaso de esta colonia como territorio de la frontera viva se observa en el escaso éxito del uso de la tierra para la agricultura, en la carencia de una autoridad que eficazmente controle el territorio proveyéndole con un ordenamiento, y en la ausencia de identidad territorial que se asocie con la nacionalidad ecuatoriana.

Los primeros colonos de El Idilio logran consolidar el poblado a pesar de no recibir las ayudas prometidas por el Estado y que necesitan para hacerlo prosperar económicamente. Durante su fundación, muchos de los pobladores mueren a causa del hambre, la enfermedad o como víctimas de los animales de la selva; pero los que sobreviven y deciden quedarse, logran la instalación del pueblo sin que esto represente el éxito económico que se esperaba obtener con las labores agrícolas. De hecho, lo que la novela muestra es la dificultad para poder dedicar las tierras de la selva a la agricultura, ya que estas, como señala el narrador, son débiles y por lo tanto los terrenos sembrados están destinados a desaparecer cada vez que caen las lluvias (Sepúlveda, 2011). La agricultura, al no tener éxito en El Idilio, no logra cumplir con las expectativas de desarrollo económico ni del Estado ni de los propios colonos, y mucho menos logra que el territorio se integre a las dinámicas económicas internas del Estado nación.

Unido a lo anterior, la territorialidad estatal no logra consolidarse en El Idilio debido a que las figuras institucionales que representan la autoridad del Estado y que deberían influir, controlar y mantener el territorio que abarca esta colonia son disfuncionales. La presencia del Estado en el espacio donde se ubica El Idilio se percibe como ausencia. Este, a pesar de incentivar la movilización de grupos humanos hacia la Amazonía y de asignarles legalmente unas tierras para que sean transformadas, se va desvaneciendo (sin desaparecer del todo) para dejar a los colonos en el abandono. Y esto último a pesar de que envía a sus funcionarios para que ejerzan la autoridad e impongan orden en su nombre. El problema de estos delegados, según el narrador de la novela, es que son representantes “de un poder demasiado lejano como para provocar temor” (Sepúlveda, 2011, p. 23). Y ese poder se ubica en la distancia, porque los que llegan a los territorios amazónicos son funcionarios que el propio Estado ha sancionado por delitos tales como la corrupción. Ejemplo de ello es el mismo alcalde de El Idilio, cuyo verdadero nombre el narrador nunca revela y al que los pobladores llaman “la Babosa”. Este personaje según los rumores: “estuvo asignado en alguna ciudad grande de la sierra, y que a causa de un desfalco lo enviaron a ese rincón perdido del oriente como castigo” (Sepúlveda, 2011, p. 23). De modo que el Estado nación, en vez de enviar a aquellas autoridades que ejemplificarían dignamente el proyecto y los ideales que se quieren instalar en esa región y sus pobladores, despacha allí lo que rechaza, lo que no le sirve o lo que quiere someter a penalidad.

El Idilio, dentro del plan de construcción de una frontera viva, funciona para el Estado como un asentamiento que afirma simbólicamente la soberanía ecuatoriana sobre la Amazonía. En este sentido, parece bastar con la existencia, en la frontera, de un poblado identificado como ecuatoriano, pues esa identificación permite vincular el territorio al Estado nación. Esta lógica puede comprenderse a partir del concepto de nación propuesto por Benedict Anderson, quien la define como “una comunidad política imaginada” (1993, p. 23). Aunque los miembros de una nación no se conozcan entre sí, “en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (Anderson, 1993, p. 23) y de “un compañerismo profundo, horizontal” (Anderson, 1993, p. 25). Desde esta perspectiva, la presencia de colonos que se reconocen como ecuatorianos permitiría extender simbólicamente la nación hacia los territorios amazónicos en disputa.

Sin embargo, en *Un viejo que leía novelas de amor* esta identidad nacional no logra consolidarse plenamente en El Idilio. Esto se evidencia cuando el narrador describe la indiferencia de los pobladores ante el intento del alcalde por exhibir los símbolos patrios:

Cada lunes —[el alcalde] tenía obsesión por los lunes— lo miraban izar la bandera en un palo del muelle, hasta que una tormenta se llevó el trapo selva adentro, y con él la certeza de que los lunes no importaban a nadie. (Sepúlveda, 2011, p. 25)

La escena sugiere no solo la escasa integración de la región amazónica al proyecto estatal ecuatoriano, sino también la fragilidad de la comunidad imaginada nacional en estos espacios periféricos. La bandera, símbolo de pertenencia colectiva y soberanía nacional, pierde allí su capacidad de convocar identificación o sentido de comunidad.

La débil integración de El Idilio al imaginario nacional ecuatoriano no solo se manifiesta en la indiferencia colectiva hacia los símbolos nacionales, sino también en la experiencia individual de sus habitantes. El ejemplo más claro de esas fracturas en la identidad de la nación es la falta de vinculación de Bolívar Proaño con otros espacios ecuatorianos, lo cual se puede observar en su búsqueda como lector. Esta inicia durante unas elecciones presidenciales cuando los funcionarios encargados de administrar las votaciones le preguntan a Bolívar Proaño si sabe leer. Este les contesta que no recuerda, pero al hacer el intento “se asombró de ser capaz de descifrar los signos oscuros. [...] Fue el descubrimiento más importante de toda su vida. Sabía leer” (Sepúlveda, 2011, p. 62). A partir de ahí Bolívar Proaño inicia un proceso exploratorio para encontrar el tipo de texto que lo complazca como lector. Y como primer paso, le pide al alcalde que le permita consultar los periódicos que celosamente guarda, los que para

el funcionario son “pruebas de su innegable vinculación con el poder central” (Sepúlveda, 2011, p. 62). No obstante, la lectura de estos textos le resulta a Bolívar Proaño de poco interés, porque no puede conectarse con lo que describen, así lo explica el narrador: “Todo ocurría en un mundo lejano, sin referencias que lo hicieran entendible y sin invitaciones que lo hicieran imaginable” (Sepúlveda, 2011, p. 63). La representación que los periódicos hacen de la nación le resulta extraña a Bolívar Proaño, no encuentra conexión con ese mundo que retratan los periódicos, los cuales hablan de los asuntos cotidianos de como lo son la vida política y deportiva del país.

La identidad que los pobladores de El Idilio le dan al territorio tal vez no sea la de una identidad nacional, la de imaginarse como parte de la comunidad imaginada ecuatoriana. Más bien, la identidad que le dan al territorio refleja las esperanzas de lo que anhelaban encontrar o construir en esa región, y esto se revela en cómo nombran los pueblos que fundan: El Idilio, palabra que remite a la idea de un mundo ideal, de bienestar y belleza; y El Dorado, que directamente hace referencia a la legendaria ciudad de oro perdida en las profundidades de la selva. Hay que notar que estos personajes llegan a la Amazonía ya sea por las promesas de desarrollo económico que se hacen por medio de los proyectos de colonización, promesas en las que creen porque desean encontrar una mejor calidad de vida; o en busca de riquezas fáciles, así imaginando que podrán encontrar en esas tierras precisamente el mítico Dorado.

El Idilio, como frontera viva por medio de la cual se quiere afirmar la soberanía del Estado ecuatoriano frente al peruano, no logra reflejar el poder político del primero sobre las zonas en litigio. En El Idilio fracasa el intento por definir una territorialidad, esto es, la tentativa de influir tanto en la población como en sus relaciones con el Estado nación y los que se consideran enemigos de él, esto por medio de la delimitación y el control de las áreas geográficas disputadas. En la novela, lo que se logra con la colonización de la Amazonía es, por un lado, el desplazamiento de una población económicamente empobrecida a otra zona geográfica sin que con ello se mejoren sus condiciones de vida; y, por otro lado, el deterioro del medio ambiente natural y de la calidad de vida de las comunidades indígenas que dependen de él, así como problemas respecto al acceso y tenencia de la tierra. Y vale la pena reiterar, dentro de los proyectos de colonización descritos en la novela no se tienen en cuenta a las comunidades indígenas ni al mundo físico natural ya que para el Estado la Amazonía es tierra baldía y por lo tanto estos dos no cuentan o no existen.

Las comunidades indígenas y los ecosistemas que hacen parte de la región amazónica dentro de la novela quedan en mitad de la disputa fronteriza entre Ecuador y Perú. Con la colonización de la Amazonía, no solo llegan campesinos, sino también otros personajes como los buscadores de oro y los trabajadores extranjeros de las petroleras, llamados por las promesas del desarrollo, aventuras y riquezas fáciles, llamados por los imaginarios que desde el tiempo de la colonia se han proyectado sobre esa región. Lo cierto es que para el narrador estos personajes “depredaban [la selva] sin consideración” (Sepúlveda, 2011, p. 59), ya sea talándola sin tener en cuenta las consecuencias que tiene la pérdida de vegetación para las especies animales, o cazando indiscriminadamente a estas últimas, lo que provoca que los animales sobrevivientes se conviertan en “monstruos agresivos” (Sepúlveda, 2011, p. 60).

En la novela, las consecuencias de la colonización y los proyectos de desarrollo económico sobre el medio ambiente también las padecen las comunidades indígenas como los shuar. Ante la deforestación, esta comunidad descrita como nómada, debe cambiar de asentamiento con mayor frecuencia: “Enormes máquinas abrían caminos y los shuar aumentaron su movilidad. Ya no permanecían los tres años acostumbrados en un mismo lugar, para desplazarse y permitir la recuperación de la naturaleza” (Sepúlveda, 2011, p. 52). Con los cambios en el medio ambiente los shuar deben modificar sus formas de vida, en vez de mudarse cada tres años deben hacerlo entre cada cambio de estación para buscar alejarse de esos extraños que llegan a ocupar el territorio, internándose así cada vez más hacia el oriente (Sepúlveda, 2011).

Las modificaciones en el medio ambiente afectan los modos de subsistencia y vida de los shuar. Pero además de esto, el contacto con los colonos también los afecta en tanto que estos traen costumbres que, según el narrador, llevan a la “degeneración” a algunos miembros de la comunidad indígena (Sepúlveda, 2011). Los shuar que adoptan las costumbres de los colonos se convierten así en “jíbaros”, esto es, “indígenas rechazados por su propio pueblo” que sin renegar aceptan “el mote-nombre endilgado por los conquistadores españoles” (Sepúlveda, 2011, p. 17). Sujetos quienes igualmente terminan siendo marginalizados entre la población colona.

Así que los planes de fronteras vivas, además de trasladar una población humana económicamente ya empobrecida a la Amazonía, destruyen los ecosistemas que allí se encuentran llevando a la desaparición a comunidades humanas y no humanas originarias de esa región. E, igualmente, implantan allí la pobreza, pues los indígenas que abandonan sus modos de vida a causa de la pérdida del hábitat y la influencia de los colonos pasan a engrosar la población económicamente pobre de la región.

4. Los shuar y el territorio como un cuerpo vivo y cambiante

Así como el Estado nación intenta establecer un territorio sobre la Amazonía, paralelamente, se observa otra forma de territorio en *Un viejo que leía novelas de amor*, esta es la de la comunidad shuar. Bajo esta forma, las fronteras no son estrictamente estables ni cerradas, lo que conduce a otro tipo de relación con el área geográfica y todo aquello que habita allí. Juan Álvaro Echeverri, refiriéndose a las comunidades indígenas de la Amazonía colombiana, explica que para estas la noción de territorio tiene un sentido distinto al que se expresa desde una perspectiva política-jurisdiccional. Desde esta posición la idea de territorio se entiende como...

el espacio geográfico que define y delimita la soberanía de un poder político, y de manera cercana, el territorio nacional se concibe como ‘un polígono cerrado de fronteras’; de modo que en los dos casos en la idea de territorio es clave el establecimiento de un límite preciso y completo. (Echeverri, 2004, p. 260)

Sin embargo, cuando se habla de territorios indígenas, a pesar de que estos pueden tener una demarcación, el territorio no se define por sus límites, sino más bien por “marcas geográficas que señalan la ligazón de un grupo humano a un paisaje y a una historia” (Echeverri, 2004, p. 261). Se trata, asevera Echeverri, de un territorio no-areolar, es decir, un territorio pensado como tejido o modelo de relaciones antes que como área geográfica a la que se le otorgan significados o atributos. Y ese territorio no-areolar, explica Echeverri, ha sido representado por varias comunidades indígenas como “un cuerpo viviente que se alimenta, se reproduce y teje relaciones con otros cuerpos” (2004, p. 263).

José Enrique Juncosa (2020) en su estudio sobre las relaciones entre la comunidad shuar y las misiones salesianas en Ecuador, también observa la representación del territorio como cuerpo por parte de los shuar. Para ellos, explica Juncosa, la corporeidad de los seres vivientes se caracteriza por su porosidad, la que hace posible los vínculos y la comunicación con otros seres. Se trata de una entidad permeable e inestable ya que a través de su piel entran y salen espíritus o fuerzas animadas, por lo tanto, la piel como frontera entre el interior y el exterior del cuerpo no es una barrera absolutamente cerrada e impenetrable (Juncosa, 2020). En concordancia con esto, la visión de mundo que poseen los shuar no puede ser cerrada ni autocontenida, por el contrario, está determinada por la idea de apertura a fuerzas nuevas y externas que los pueden proveer con una serie de elementos materiales e inmateriales que permitan su continuidad (Juncosa, 2020).

Unido a lo anterior, afirma Juncosa (2020), los shuar construyen sus nociones de espacio, tiempo, territorio y sociedad desde el cuerpo, ya que este es el centro de sus experiencias vitales y sensibles. De modo que el territorio para los shuar contiene un carácter físico, es decir, sigue estando asociado a un espacio geográfico pero este es vivido como cuerpo: lugar permeable y de encuentro entre distintas fuerzas; por lo tanto, las relaciones que allí

tienen lugar se entienden como fuerzas que entran y salen de él. Estas últimas están insertas, sugiere Juncosa, dentro de un “ciclo continuo e ininterrumpido de adiciones, pérdidas y recuperaciones” (2020, p. 247).

Además de esto, Juncosa, comentando el trabajo de Ángel Jimpikit, explica que el territorio no posee una estructura predeterminada, sino que se construye a medida que se recorre, por lo que los viajes son centrales en esa construcción. Por medio de los viajes, los shuar tejen el territorio ya que a través de ellos establecen una red de relaciones, lo que se puede entender como la movilización de fuerzas en el cuerpo del territorio. Juncosa asevera que: “la práctica de viajar remite a una comprensión de territorio como posibilidad abierta expandible, constituido por fronteras virtuales y en permanente constitución, esbozadas por un más allá impreciso al alcance de la capacidad real de itinerancias, tránsitos y reapropiaciones efectivas” (2020, p. 109). El viaje, continúa Juncosa, estructura el territorio en el ir desde dentro hacia afuera, desde el sitio donde los pies del shuar ya están plantados hacia otro dónde tiene la posibilidad de volverlos a plantar al establecer alianzas con los que ya están allí, en otras palabras, al ser aceptado en el cuerpo que habitan los otros. La estructura que toma el territorio con los recorridos de los shuar es el de un “tejido, denso y compacto, hilado por múltiples senderos y continuos tránsitos y presencias” (Juncosa, 2020, p. 111). Pero recordemos, la densidad del tejido no es estable por lo que a veces la malla que se ha tejido puede quedar suelta o rala.

Es posible encontrar muestras de este modo de entender el territorio en *Un viejo que leía novelas de amor*, y una de ellas es la idea de estructurar el territorio por medio del establecimiento de vínculos, lo que está a su vez ligado a la permeabilidad de la frontera. Juncosa (2020) asevera que el territorio de la nación shuar no es una tierra baldía: tierra vacía y sin dueño; por el contrario, el territorio es una tierra que reúne una serie de presencias heterogéneas, las cuales pueden enlazarse a la estructura de tejido que toma el territorio shuar. Esto quiere decir que, en la concepción de territorio shuar, lo relacional es importante y, por lo tanto, va a llevar a que la comunidad tome la iniciativa de buscar el establecimiento de vínculos con las otras presencias que circulan con ellos. Esto podría explicar la voluntad de ayudar a los colonos que llegan a fundar El Idilio.

Como se mencionó antes, los primeros colonos al llegar a la selva pasan grandes dificultades por no saber cómo obtener alimentos ni construir casas acordes a las condiciones climáticas y topográficas del lugar donde quieren asentarse. Los shuar, dice el narrador, “compadecidos, se acercaban a echarles una mano. De ellos aprendieron a cazar, a pescar, a levantar chozas estables y resistentes a los vendavales, y, sobre todo, de ellos aprendieron el arte de convivir con la selva” (Sepúlveda, 2011, p. 43). No se trata solo de ayudar a los colonos recién llegados movidos por la compasión sino también con la intención de tejer con ellos, esto es, de estructurar en su compañía el territorio porque la presencia de esas fuerzas externas y heterogéneas puede ser beneficiosa. Los colonos provenientes de otras regiones y poseedores de otros saberes pueden aportar a los shuar nuevas herramientas, conocimientos, alianzas que les permitan a estos últimos enfrentarse a presencias enemigas. Igualmente, establecer un vínculo con los colonos implica equilibrar las fuerzas que llegan a habitar el cuerpo que es el territorio para así garantizar su salud y bienestar.

Lo anteriormente dicho podría explicar por qué en la novela de Sepúlveda no se describe ningún tipo de conflicto sobre la llegada y recibimiento de Bolívar Proaño en la comunidad. De hecho, no se narra cómo este personaje se incorpora a aquella o si los dos realizan algún tipo de intercambio inicial. El narrador solo explica que, al morir la esposa de Bolívar Proaño a causa de la malaria dos años después de su arribo a la Amazonía, este se llena de resentimiento hacia la selva y decide vengarse de ella; sin embargo, “en su impotencia descubrió que no conocía bien la selva como para poder odiarla” (Sepúlveda, 2011, p. 44). Por esta razón, Bolívar Proaño se va con los shuar. De todas formas, el ingreso del protagonista de la novela a la comunidad shuar es significativo porque nos muestra la permeabilidad de las fronteras: cómo estas se abren para aceptarlo, pero también cómo pueden cerrarse para expulsarlo del cuerpo de la comunidad, sin que esto necesariamente implique su expulsión del cuerpo del territorio.

Desde la perspectiva relacional, recibir a Bolívar Proaño en la comunidad indígena puede tener una intención, y esta es la de ganar un aliado entre los colonos; sin embargo, esa alianza va más allá de los beneficios de una relación de ayuda. Los shuar reciben y conviven con Bolívar Proaño, no obstante, más que ayudarlo a conocer la selva, le brindan una educación en unos valores y en unas maneras de entender el mundo que a él le permiten reconciliarse con la selva y encontrar en ella calidad de vida. Con esto, los shuar se encargan de transformar a Bolívar Proaño para que se configure como fuerza benévola para el cuerpo del territorio, un defensor de los lugares y de las formas de vida que son significativas para ellos, porque de estas depende la propia vida de la comunidad shuar.

Sin embargo, la transformación de Bolívar Proaño no cancela la diferencia entre él como colono mestizo venido de la sierra y ellos como indígenas shuar habitantes ancestrales de esa región. Como ya se dijo, el territorio shuar admite el encuentro de presencias heterogéneas, ya sea en forma de alianzas o en conflicto. Esto bien puede explicar la consigna que repite varias veces el narrador: “[Bolívar Proaño] era como uno de ellos [un shuar], pero no era uno de ellos” (Sepúlveda, 2011, pp. 50, 52, 53, 56), lo que quiere decir que Bolívar Proaño puede poseer los valores y visión del mundo de los shuar, sin dejar de ser una fuerza externa en el cuerpo de ese territorio. Fuerza externa que puede vivir armónicamente allí (finalmente los shuar le enseñan “el arte de convivir con la selva” (Sepúlveda, 2011, p. 43) como dice el narrador y tal vez ese sea su objetivo primordial), lo que al final lleva a que la consigna sea transformada: “los shuar declararon que no eras de ellos, pero que eras de ahí” (Sepúlveda, 2011, p. 122). Afirmación con la cual se pone de manifiesto claramente que en el cuerpo del territorio es posible la coexistencia y el equilibrio de fuerzas nuevas, externas e internas, fuerzas heterogéneas cuya diferencia no tiene por qué anularse.

Pero así como Bolívar Proaño ingresa a la comunidad también sale de ella. Un día, luego de varios años de convivir con los shuar, un grupo de hombres blancos destruye un dique de desove para peces. Algunos shuar se acercan llamados por los ruidos de la dinamita y, al verlos, los hombres blancos les disparan. Entre los shuar heridos se encuentra Nushiño, el amigo shuar más cercano y querido de Bolívar Proaño. Al conocer las costumbres indígenas y consciente de que Nushiño no sobrevivirá, Bolívar Proaño se da a la tarea de ir en busca de los hombres blancos para darles muerte, secar y reducir sus cabezas y, así, asegurarse de que su compadre “no permanecería como un papagayo ciego, dándose golpes contra los árboles, ganándose el odio de quienes no lo conocieron al chocar contra sus cuerpos” (Sepúlveda, 2011, p. 56). Cuando Bolívar Proaño se enfrenta con uno de los hombres, le da muerte usando un arma de fuego; sin embargo, señala el narrador:

Él no era uno de ellos, pero era como uno de ellos. En consecuencia, debió ultimarlos con un dardo envenenado, dándole antes la oportunidad de luchar como un valiente; así, al recibir la parálisis del curare, todo su valor permanecería en su expresión, atrapado para siempre en su cabeza reducida, con los párpados, nariz y boca fuertemente cosidos para que no escapase. (Sepúlveda, 2011, p. 56)

Con este acto, Bolívar Proaño se deshonorra y condena a Nushiño a “la eterna desdicha” (Sepúlveda, 2011, p. 56).

De regreso a la cuestión de la frontera porosa y permeable, la salida de Bolívar Proaño de la comunidad indígena no sólo se explica por haber matado sin seguir las normas shuar al hombre que asesina a Nushiño. La expulsión también se debe a que por ese fallo Bolívar Proaño podría ser percibido como una amenaza potencial para el cuerpo del territorio del que también es parte la comunidad. Su error no constituye únicamente una falta individual; también evidencia su incapacidad de actuar conforme a las prácticas y códigos que sostienen el equilibrio de las relaciones dentro del territorio shuar. En este sentido, Bolívar Proaño deja de ser un sujeto confiable para la comunidad, pues en un momento extremo responde desde una lógica ajena a sus normas colectivas. Por muy cercano que sea Bolívar Proaño a los shuar nunca deja de ser un extranjero para ellos, como se ve en la consigna arriba

citada; y las relaciones entre los shuar y lo extranjero, explica Juncosa, están marcadas por “la ambivalencia, inestabilidad y precariedad”, por lo tanto: “las fronteras están abiertas, pero resultan inestables y pueden cerrarse de pronto” (2020, p. 103). Cuando Bolívar Proaño falla, se quiebra el vínculo y con ello se cierra la frontera.

Ese abrirse y cerrarse de la frontera también se observa en el territorio epistémico de los shuar. Juncosa explica que históricamente los shuar han establecido alianzas con distintos grupos (misiones religiosas, colonos, otras comunidades indígenas) abriendo al máximo las fronteras de su territorio epistémico, esto con el “fin de asegurarse la apropiación de conocimientos y saberes con los cuales no contaban y los consideraban indispensables para enfrentar los cambios y sostener una posición de fuerza en el territorio” (Juncosa, 2020, p. 115). Pero, así como se abren para recibir esos conocimientos externos y heterogéneos, también muestran disposición para compartir los suyos, solo que para ello imponen unos límites. Juncosa (2020) describe que durante su proceso de investigación notó que sus colaboradores shuar guardaban silencio respecto a algunos temas. Este silencio lo logró comprender a través de la obra de la escritora shuar María Clara Sharupi Jua (mencionada en Juncosa, 2020), quien en la traducción de sus poemas del shuar al español impone unos límites, no precisamente por la amplitud de la experiencia cultural, sino porque todo no puede ser aclarado, hay zonas de la traducción al español que deben permanecer veladas porque le pertenecen enteramente a la comunidad shuar (Juncosa, 2020). Juncosa interpreta estos silencios como un modo de control epistémico en el que cuidadosamente se enseña lo necesario en función de los intereses de la comunidad. Con esto se protegen unos saberes del poder de las fuerzas hegemónicas que intentan apropiarse de ellos para controlarlos o anularlos (Juncosa, 2020).

Los límites epistémicos que imponen los shuar de *Un viejo que leía novelas de amor* se observan, por ejemplo, en lo que enseñan a los colonos fundadores de El Idilio. Los shuar muestran disposición para enseñarles a los recién llegados “el arte de convivir con la selva” (Sepúlveda, 2011, p. 43), les enseñan a cazar, pescar, identificar frutos comestibles y construir viviendas resistentes; pero lo único que no les enseñan es a cultivar la tierra. Manuel Mashinkias y Mariana Awak Tentets (1986) explican que los shuar como pueblo nómada practicaron una agricultura de tipo itinerante. Sus chacras eran un claro artificial en la selva cuya vida productiva oscilaba entre los tres y cuatro años por la poca fertilidad del suelo de la Amazonía. Estos claros se abrían por medio de un sistema de roza y quema, y en ellos se cultivaban al mismo tiempo distintos productos de manera desordenada, imitando el paisaje del bosque circundante. Era una agricultura para el autoabastecimiento por lo que se tenía en cuenta la densidad de la población (Mashinkias y Tentets, 1986). El silencio de los shuar de la novela frente a esta práctica puede deberse a que compartirla significa traerle un daño al cuerpo del territorio y a la comunidad misma. Existe la posibilidad de que el extranjero que reciba estos conocimientos no los aplique de manera adecuada, es decir, sin respetar su finalidad original (el autoabastecimiento) ni la relación que esta práctica agrícola mantiene con el entorno físico y espiritual según la cosmovisión shuar. Los shuar de *Un viejo que leía novelas de amor* tal vez sospechen que los colonos, al acceder a sus conocimientos sobre la agricultura y movidos por el afán de prosperidad económica, orientarán el uso de la tierra hacia formas de explotación intensiva. Esto conduciría, en última instancia, al deterioro de los ecosistemas presentes en la región y, consecuentemente, de las formas de vida que dependen de ellos.

Por otro lado, los límites epistémicos también se observan en lo que los propios shuar no quieren dentro de la configuración de su comunidad. El repudio que expresan en la novela hacia los jíbaros bien puede relacionarse con el cierre de las fronteras epistémicas. Como se mencionó arriba, en la novela los shuar rechazan a los jíbaros por adoptar las costumbres de los blancos, tales como el usar sus vestimentas, beber alcohol sin propósito ritual, y aceptar sin resistencia el nombre impuesto por los conquistadores españoles: jíbaros (Sepúlveda, 2011). Para los shuar de la novela estas prácticas son denigrantes, por lo tanto apartar a los llamados jíbaros de la comunidad es una forma de cerrar la frontera y de no aceptar esos valores, defendiendo así su continuidad en el territorio.

5. El polígono y el cuerpo vivo

Restringir el tránsito de conocimientos en la frontera del territorio epistémico les permite a los shuar de *Un viejo que leía novelas de amor* ejercer control en su territorio, afirmar su autonomía y defenderse de las fuerzas del poder colonial del Estado nación que quiere desplazarlos y desaparecerlos. En la concepción del Estado sobre la Amazonía como tierra baldía, se desconoce la historia de esa región y la existencia de esas otras presencias radicadas allí, desconocimiento deliberadamente necesario para poder llegar y borrar las fuerzas internas del territorio y así ocupar plenamente ese cuerpo. En la concepción de territorio del Estado nación, no hay posibilidad de coexistencia entre fuerzas heterogéneas ni de tejer colectivamente el cuerpo que constituye el territorio para alimentarlo y permitirle crecer. Esto se debe a que el territorio estatal no se define desde adentro hacia afuera, como la semilla que germina para convertirse en árbol y después en selva que se extiende en múltiples direcciones. Por el contrario, el territorio del Estado nación es observado desde arriba para trazar sobre él una línea: el contorno de un polígono. Se trata de una figura plana y bidimensional que delimita y encierra, pero que por su carácter puramente geométrico, carece de vitalidad.

Sumado a todo esto, concebir la Amazonía como tierra baldía no implica considerarla un espacio vacío de riqueza natural, sino un territorio que, desde la lógica estatal, aún no ha sido explotado productivamente y que, por ello, aparece disponible para su apropiación económica. Bajo esta mirada, según Eduardo Gudynas, la naturaleza es una fuente de elementos naturales que pueden ser extraídos y utilizados. A estos, afirma Gudynas, “se los observa como recursos desvinculados unos de otros (por ejemplo, los recursos minerales no [son] percibidos en sus conexiones con el suelo que los recu[bre])” (1999, p. 104); y se les juzga distinguiendo cuáles pueden ser útiles de los que no pues, antes que nada, prima en esta visión el afán por “la eficacia y productividad” para extraerlos y usarlos. No sacar provecho de los elementos útiles se interpreta como una “forma de desperdicio” (Gudynas, 1999, p. 105).

Esta perspectiva de utilidad, eficacia y productividad es determinante en la relación que el Estado establece con los recursos naturales que se encuentran en el baldío de la Amazonía; ya que al juzgar a estos últimos por la función útil que puedan prestar, la relación con ellos es de apropiación y dominio. Esta relación es frágil porque en el momento en que los recursos de la naturaleza pierdan su utilidad van a ser abandonados por el Estado. En este sentido, los recursos naturales quedan subordinados a una lógica puramente instrumental, en la que su valor existe únicamente en función de la utilidad económica que puedan prestar.

A diferencia de esto, como ya se vio, los shuar entienden la región amazónica como un lugar lleno de presencias reales y simbólicas. La relación de esta comunidad con esas presencias (ya sean otros shuar o lugares donde encuentran a sus divinidades o los elementos que garantizan su subsistencia) es una relación que va más allá del carácter utilitario. Cuando el shuar cultiva la tierra sabe que esta no es solamente un recurso útil que le permite asegurar su subsistencia, en ella y en las plantas que brotan de ella están sus divinidades y, por lo tanto, debe alimentar el lazo que establece con ellas manteniendo unos comportamientos, así el vínculo no se rompe. Se trata de una relación bidireccional en el que la naturaleza provee en la medida en que esta es tratada con respeto, lo que conduce a que el vínculo también sea de cuidado. Esta condición no se da en la relación entre la naturaleza y el Estado porque allí la relación es unidireccional y lo que interesa es aquello que se pueda sacar de la primera, no hay una preocupación por su conservación y, como se ve en la novela de Luis Sepúlveda, ese modo de relacionamiento lleva a la transformación y muerte de la naturaleza.

La preservación del mundo físico natural es importante para el shuar porque, como explican Manuel Mashinkias y Mariana Awak Tentets:

le proporciona los parámetros que le permiten orientarse en la misma vida y encontrar el sentido profundo de la existencia humana. A este nivel se percibe como parte de la totalidad del mundo y se siente ligado por una fuerza ultraterrena a las plantas, a los animales del monte, al mismo ambiente en que vive y se siente solidario con él. Su sentido ecológico echa raíces en esta percepción de ser parte del cosmos y no dominador del mismo, de tal manera que la utilización y el consumo de los recursos encuentra su equilibrio. (1986, p. 56)

Los shuar encuentran el sentido de la vida en la naturaleza, indudablemente ella es importante para su subsistencia material y espiritual, así como para mantener su identidad como comunidad indígena (Mashinkias y Tentets, 1986). Justamente este es el gran hallazgo de Bolívar Proaño: en la naturaleza de la Amazonía encuentra una manera de ser en el mundo con un sentido y con un lugar especial en él. Situación que no encuentra en el mundo rural de la sierra, ya que allí el ser humano ha moldeado la naturaleza a través de la agricultura para que sirva a un propósito: hacerla producir. Esto último no se consigue, por el contrario, la novela de Sepúlveda muestra que lo que se logra es una especie de atadura martirizadora a esa labor, martirizadora tanto para la tierra como para el campesino serrano.

Un viejo que leía novelas de amor al mostrarnos esas distintas maneras de entender la noción de territorio hace una crítica a las intervenciones destructivas de los Estados nación sobre la selva amazónica. Esas intervenciones no solo acaban físicamente con la naturaleza, sino también con sus habitantes ancestrales; además de “des-historializar” tanto a estos últimos como a la región en general. Se borran otras formas de entender el mundo, formas que pueden articular un sentido de la vida más significativo en la medida en que pueden ofrecer un bienestar material y espiritual verdadero como el que encuentra Bolívar Proaño allí.

6. Conclusión

El análisis de *Un viejo que leía novelas de amor* permite observar que la novela contrapone dos formas profundamente distintas de concebir y habitar la Amazonía: por un lado, el Estado la entiende como una región despoblada con potencial de explotación y sobre la que necesita ejercer su soberanía ante la amenaza de pérdida frente otro Estado nación; por otro lado, los shuar la conciben como un cuerpo vivo del que hacen parte, un cuerpo dinámico que puede extenderse o contraerse según las relaciones que se establezcan en él.

Bolívar Proaño llega a la Amazonía como parte de la territorialidad estatal, ya que su función como colono consiste en ocupar y utilizar el territorio para afirmar la soberanía ecuatoriana. Sin embargo, su convivencia con los shuar transforma profundamente su manera de relacionarse con la selva. La comunidad indígena lo acoge cuando él desea vengarse de la Amazonía y le muestra otras formas de habitarla. A través de esta experiencia, Bolívar Proaño conoce el afecto de la comunidad, así como formas de libertad, bienestar y convivencia que el Estado nación nunca le ofreció, ni en la sierra ni durante sus primeros años como colono en la selva.

Aunque finalmente es expulsado por los shuar, su transformación persiste. Bolívar Proaño permanece en los márgenes de El Idilio, cerca de los colonos, pero manteniendo distancia de ellos. Si bien participa en la persecución de la tigrilla para proteger al pueblo, la cacería también se convierte en un acto de compasión hacia un animal, cuya agresividad surge de la destrucción provocada por los cazadores extranjeros que llegan a la selva movidos por el afán de aventura y explotación. Esta experiencia reafirma en Bolívar Proaño la conciencia de la fragilidad de la Amazonía, del cuerpo vivo en el que habita, y de las amenazas que enfrentan las formas de vida que moran en ella. Así, en El Idilio, el viejo Bolívar Proaño termina viviendo frente al río y leyendo sus novelas de amor, consciente de la vulnerabilidad de ese mundo.

Bibliografía

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. E. L. Suárez, Trad. Fondo de Cultura Económica.
- Araya Grandón, J. G. (2000). Luis Sepúlveda. Un escritor de fin de siglo. *Cyber Humanitatis*, 13. <https://web.uchile.cl/publicaciones/cyber/13/tx20.html>
- Bonilla, A. (1999). Fuerza, conflicto y negociación: Proceso político de la relación entre Ecuador y Perú. En A. Bonilla (Ed.), *Ecuador-Perú. Horizontes de la negociación y el conflicto* (pp. 13-30). FLACSO Ecuador.
- Bromley, R. (1981). The colonization of humid tropical areas in Ecuador. *Singapore Journal of Tropical Geography*, 2(1), 15–26.
- DeVries, S. (2013). *A history of ecology and environmentalism in Spanish American literature*. Bucknell University Press.
- Echeverri, Á. (2004). Territorio como cuerpo y territorio como naturaleza: ¿Diálogo intercultural? En A. Surrallés y P. García Hierro (Eds.), *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno* (pp. 259–275). IWGIA.
- Gudynas, E. (1999). Concepciones de la naturaleza y desarrollo en América Latina. *Persona y Sociedad*, 13(1), 101–125.
- Guerrero, F. (2017). Transformaciones territoriales en la Amazonía: Indígenas, campesinos, fronteras y colonización. *Eutopía*, 12, 7–21.
- Juncosa Blasco, J. E. (2020). *Civilizaciones en disputa: Educación y evangelización en el territorio shuar*. Universidad Andina Simón Bolívar; ABYA-YALA; Universidad Politécnica Salesiana.
- Mashinkias, M., y Awak Tentets, M. (1986). *La selva, nuestra vida: Sabiduría ecológica del pueblo shuar*. ABYA-YALA.
- Malaver, R. (2001). La ecoliteratura de la selva en la novela latinoamericana: *Un viejo que leía novelas de amor*. *Folios*, 14. <https://doi.org/10.17227/01234870.14folios51.62>
- Restrepo, M. (1993). El problema de frontera en la construcción del espacio amazónico. En L. Ruiz (Coord.), *Amazonía: Escenarios y conflictos* (pp. 147–166). ABYA-YALA.
- Sack, R. D. (1986). *Human territoriality: Its theory and history*. Cambridge University Press.
- Salisbury, D. S., Gutiérrez, L. A. A., Alván, C. L. P., y Alvarado, J. W. V. (2010). “Fronteras Vivas” or Dead Ends? The Impact of Military Settlement Projects on the Amazon Borderlands. *Journal of Latin American Geography*, 9(2), 49–71. <https://doi.org/10.1353/lag.2010.0018>
- Saquet, M. A. (2015). *Por una geografía de las territorialidades y las temporalidades: Una concepción multidimensional orientada a la cooperación y el desarrollo territorial*. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Sepúlveda, L. (2011). *Un viejo que leía novelas de amor*. Tusquets Editores.